

El concepto de Estado en el análisis institucional*

The concept of the State in the institutional analysis

Roberto Manero Brito

En este ensayo se presenta el concepto de Estado en la perspectiva de Henri Lefebvre y de René Lourau. Para Lefebvre, sus orígenes tienen que ver con el momento en el que el Estado tuvo que hacerse cargo del crecimiento económico. Se genera un *Modo de producción estatal* caracterizado por un modelo de Estado, denominado Estado Moderno, que actúa institucionalizando todo lo que encuentra a su paso. El concepto de René Lourau, el *Estado-Inconsciente*, fue trabajado con Lefebvre, y también se caracteriza por dicha función, pero incluye el corolario del *efecto Mühlmann*. Si Lefebvre plantea que, se deben analizar los *desbordamientos* de dicho Estado, para Lourau, la pregunta sobre si se puede analizar el Estado remite al análisis de las implicaciones, y al efecto de los *analizadores*.

Palabras clave: Estado, Estado Moderno, Estado-Inconsciente, institucionalización.

In this essay, the concept of State is presented from the perspective of Henri Lefebvre and René Lourau. For Lefebvre, its origins have to do with the moment in which the State had to take charge of economic growth. A State Mode of Production is generated, which is characterized by a State model, called the Modern State, which acts by institutionalizing everything in its path. René Lourau's concept, the unconscious-state, was worked on with Lefebvre, and is also characterized by this function, but includes the corollary of the *Mühlmann effect*. If Lefebvre states that the overflows of said State must be analyzed, for Lourau, the question of whether the State can be analyzed refers to the analysis of the implications, and to the effect of the analyzers.

Key words: State, Modern State, State-Unconscious, institutionalization.

Fecha de recepción: 16 de marzo de 2022

Fecha de dictamen: 29 de marzo de 2022

Fecha de aprobación: 14 de abril de 2022

* En este texto me refiero al análisis institucional en su tendencia socioanalítica, desarrollada principalmente en los trabajos de Georges Lapassade y René Lourau, como sus representantes más conocidos.

INTRODUCCIÓN

El concepto de Estado en las ciencias sociales es uno de los instrumentos fundamentales para pensar los procesos sociales; es central en la sociología, y la discusión que se desarrolla en su rededor es importante para la antropología, la ciencia política, así como para la filosofía política. Sin embargo, es también un concepto polisémico y problemático. Desde los clásicos que iniciaron la teorización de esta forma social, las transformaciones sociales convergen con las nuevas conceptualizaciones que aparecen en el horizonte.

Curiosamente, cuando en los textos especializados aparecen las referencias al Estado, en general son utilizados los conceptos clásicos o algunas de sus derivaciones. Así, por ejemplo, el concepto weberiano se utiliza desde sus vertientes liberales hasta algunas concepciones sociológicas actuales.

El análisis institucional no podría dejar de lado la conceptualización de la figura del Estado. Ésta partió de la crítica a los límites gnoseológicos de dicha disciplina, entendida básicamente a partir del método de intervención (socioanálisis). Algunos conceptos acuñados desde las prácticas de intervención se utilizaron de otra manera, especialmente el concepto de *analizador*.

La construcción del concepto de Estado en el análisis institucional se desarrolló en un diálogo e interacción entre Henri Lefebvre y René Lourau. Para estos autores, el Estado no puede ser definido como lo habían planteado los clásicos. La sociedad contemporánea tiene características específicas que hacen que dicha concepción haya quedado subsumida o contenida en otras más complejas y abarcativas: entre éstas las derivadas de la mundialización del Estado.

Los procesos de reconstrucción posteriores a la Segunda Guerra Mundial se realizaron a partir de un mecanismo que suponía que el Estado tomara a su cargo el crecimiento económico de las naciones. En este proceso, tanto las sociedades como el mismo Estado sufrieron grandes metamorfosis. Poco a poco, la gestión estatal fue modificando la fisonomía de las ciudades. El Estado crea su propio espacio, y al poco tiempo aparece una nueva forma de Estado, que subsume al Estado Nación, que Lefebvre denominó el Estado Moderno. Esta nueva forma social tiene características que, si bien tuvieron su génesis en las formas anteriores, generan ahora una formación y una institución que no es reductible a los conceptos generados anteriormente.

Una de esas características, además de la mistificación y el fetichismo, es la de ocultarse. Y es en sus propias formas de ocultamiento donde se percibe toda su potencia. El nuevo Estado, el Estado Moderno, no solamente genera su espacio, gestiona la energía, produce sus comunicaciones, etcétera. Es garante de las relaciones contractuales, así como de la moneda y, en general, de la economía. Pero lo que lo distingue de

las formas estatales anteriores es que se constituye como centro de los procesos de institucionalización, así como de las decisiones. El Estado aparece entonces como fuerza institucionalizadora. Transforma los movimientos, las comunidades, los grupos, en instituciones. El Estado procede institucionalizando todo lo que se encuentra a su paso, y colocándose siempre por encima del tejido social. Lejos de plantearse como una sustancia, como un ser, el Estado existe socialmente por los vínculos y las redes en el espacio nacional engendrado por él y para él: edificios públicos, redes de relaciones oficiales, fiscales, policiacas, militares, jurídicas, cubiertas por instituciones. El Estado es institución.

El objeto de este ensayo es seguir el trazado de las problemáticas abiertas por el concepto de Estado en el análisis institucional. Este concepto tiene dos denominaciones principales: el Estado Moderno, en Lefebvre, y el Estado-Inconsciente, en Lourau. A pesar de los múltiples puntos de contacto y complementariedad entre estas dos concepciones, ambas se generan desde perspectivas prácticamente opuestas: por un lado, con Lefebvre, se parte de un proyecto en el que se trata de hacer un análisis, lo más frío posible, del propio Estado. En la perspectiva de Lourau, la acción del Estado sólo podría ser analizada mediante la elucidación de las implicaciones de todo tipo en el acto mismo de la razón analítica.

Esta nueva idea de Estado ya no responde a la concepción positiva del concepto clásico. El Estado no se puede describir, no se analiza objetivándolo: es el Estado el que nos objetiva. Y es así que sus antiguas versiones, los conceptos clásicos del Estado, que en su momento fueron brillantes elucidaciones de la constitución de esa forma social, se transforman en formas de ocultamiento. Según Lefebvre, el ocultamiento del Estado se encuentra, en primer lugar, en los estudiosos del Estado. El Estado construye nuestra ceguera. Los mismos trabajos de Lefebvre y Lourau tienen poco impacto en los analistas sociales: pareciera ser más fácil utilizar los conceptos clásicos. Sin embargo, la neutralización de la potencia explicativa del concepto se concreta convirtiendo a estos conceptos en metáforas. Así, la idea del Estado *denota* la realidad descrita por el concepto clásico. Hablar de Estado Moderno o Estado Inconsciente es una metáfora. Permanentemente, cuando hablamos de Estado, tenemos que abrir un paréntesis: no hablamos del concepto de Estado weberiano, o del de Hobbes, sino del Estado-Inconsciente, del Estado Moderno, del Estado como fuerza de institucionalización. El concepto así metaforizado se abre a todo tipo de imagerías. El Leviatán resulta una caricatura...

El seguimiento de las problemáticas abiertas por estos pensadores, la génesis teórica del concepto no está argumentada a la manera de un curso de sociología o ciencia política. Más bien se trata de ir aprehendiendo la problemática tal como se presenta en nuestras prácticas cotidianas, en los campos de conocimiento en los que me he

desenvuelto, y atendiendo los ámbitos disciplinarios en los que la cuestión del Estado va apareciendo, en diferentes discusiones y paradigmas que permitieron, en su momento, la gestación de la concepción institucionalista del Estado.

LA CUESTIÓN DEL ESTADO EN LA OBRA DE HENRI LEFEBVRE

Los últimos años de la década de 1960 y los primeros de la de 1970 fueron tiempos de una fuerte movilización social y política, de un cuestionamiento generalizado de las instituciones de la sociedad occidental. En este contexto surgieron también diversas concepciones del Estado que intentaron ir más allá de las teorías de los clásicos (Hobbes, Maquiavelo, Rousseau), así como de las construcciones marxistas y de los fundadores de la sociología (Weber y Durkheim).

Pero debemos considerar que ya desde los primeros años del siglo XX habían surgido algunos teóricos, entre ellos algunos liberales, que intentaron salir de otra manera de los planteamientos marxistas, profundizando algunas de las aristas de los clásicos de la sociología, especialmente la teoría de Weber.¹ Sin embargo, en las décadas de 1960 y 1970 se engarza un debate que ponía en cuestión las posiciones marxistas sostenidas por las vanguardias intelectuales de los partidos comunistas europeos, que debían acatar las directivas emanadas de la burocracia soviética. En ese debate, las diversas disidencias del marxismo (trotskistas, por ejemplo, así como Socialismo o Barbarie, bajo el liderazgo de Castoriadis, o los planteamientos de Henri Lefebvre), y las nuevas concepciones que resultaban del estructuralismo y del funcionalismo, plantearon ideas que transformarían de fondo la concepción del Estado.

La posibilidad de reflexionar sobre el conocimiento de las sociedades a partir de los nuevos fenómenos que aparecían tanto en el ámbito local como a nivel mundial obligó a que muchos intelectuales-militantes de la izquierda comunista y socialista tuvieran que renunciar a su militancia partidista, para mantener su exploración de nuevas posibilidades de dar cuenta del mundo contemporáneo. Tales fueron los casos de Cornelius Castoriadis –que después de renunciar a las organizaciones comunistas y trotskistas, fundó su propia asociación, Socialismo o Barbarie, desde la cual, acompañado por intelectuales de la talla de Claude Lefort y de Jean François Lyotard, desarrolló las experiencias sociales y las cuestiones teóricas que se plasmarían en su

¹ Entre estas teorías están los diversos planteamientos del Estado liberal, entre los cuales se encuentran los de W. Eucken y W. Röpke, así como de Ludwig von Mises y Friedrich Hayek. No es éste el espacio en el que pueda desarrollar con cierta precisión los aportes de estos autores a una teoría del Estado.

obra-, y también el del filósofo y sociólogo Henri Lefebvre, cuya obra *Del Estado*, podríamos situar como el antecedente más directo de los planteamientos de Lourau, en su concepto de *Estado-Inconsciente*.

La obra de Lefebvre es muy vasta, y uno de los ejes que la articula es precisamente el pensamiento en torno a la vida cotidiana. Es desde ahí que su deriva lo lleva a replantear la cuestión de las ciudades, el espacio y, a partir de ello, trabaja cuatro tomos sobre la temática del Estado. El pensamiento de Lefebvre sobre la vida cotidiana deriva de un elemento fundamental: la ausencia de una reflexión seria y profunda sobre la cuestión. Para Márquez Pulido:

El problema que encuentra Lefebvre en esta tesis [la tesis marxista de que el trabajo es central en cualquier forma de organización política], es que el trabajo es el determinante fundamental de toda la vida cotidiana y subordina las dimensiones llamadas “irracionales” (imaginación, sentimientos, necesidades) a la racionalidad, problema que el filósofo francés trata de sortear por medio de la *razón dialéctica* (2021:72).

A diferencia de algunos grandes filósofos alemanes, Lefebvre considera la vida cotidiana como el núcleo básico en el que realiza la experiencia social e histórica y, por lo tanto, también el lugar en el que se encuentran los gérmenes de las transformaciones sociales.

[...] para nuestro autor, la crítica de la vida cotidiana implica una rehabilitación de la cotidianidad, se pregunta: “¿no es en la vida cotidiana donde el hombre debe vivir su vida plena? La teoría de los momentos sobrehumanos es inhumana... el hombre será cotidiano, o no será” (Lefebvre, 1947:47, en Márquez, 2021:73).

Así, las revoluciones deben empezar por la vida cotidiana, por la posibilidad de salir de la alienación hacia otras perspectivas. La rehabilitación de la vida cotidiana debe partir de la diferencia entre la cotidianidad de la decadencia burguesa y la humanización de la vida cotidiana. La revolución social no sólo concierne al proletariado, sino que es una tarea que supone la transformación de la vida cotidiana por todos los sujetos que componen la vida social.

Uno de los aspectos que la crítica de la vida cotidiana desarrollaba era la cuestión del espacio. Para este autor, el espacio contemporáneo resulta de la superposición al valor de uso del espacio, que privó hasta el siglo XIX aproximadamente, por su valor de cambio, característica del espacio Moderno. Hay diferentes momentos de las configuraciones sociales del espacio, en los cuales no nos detendremos. Lo que resulta importante mencionar es que Lefebvre, en su análisis del espacio social, logra distinguir tres grandes dimensiones: el espacio *concebido*, el espacio *percibido* y el espacio *vivido*.

La cuestión del espacio es uno de los grandes ejes articuladores de la obra de Lefebvre. Es en el espacio donde se desarrolla la vida cotidiana, con sus riquezas y sus miserias, y es el espacio el teatro de las estrategias del Estado. En palabras de Martínez:

Desde entonces lo urbano pasó a concentrar las tareas de investigación del autor, desde la convicción de que la realidad social contemporánea estaba profundamente marcada por ese movimiento de implosión-explisión característico de la urbanización en la fase del capitalismo avanzado [...] la ciudad como escenario y objeto de la lucha de clases, objetivo del capital y del Estado, como se observaba en esa urbanización “masiva y salvaje” que conquistaba el territorio, sin otra estrategia que no fuera la maximización de los beneficios, con sus implicaciones nocivas sobre la vida y las relaciones sociales (2011:8).

El *territorio* sería entonces un elemento fundamental para pensar la cuestión del espacio, y aparecería como la articulación necesaria entre la temática del espacio y la cuestión del Estado. Más adelante veremos cómo, en su método progresivo-regresivo, la configuración, la gestión y finalmente la *creación* del territorio por parte del Estado son características de lo que denomina el *Estado Moderno*.

Para Lefebvre, el concepto del Estado también debe estar sometido a un análisis, a partir de su método regresivo-progresivo. El autor realiza una consideración histórica en torno al Estado. Aparecen en la historia las *Ciudades-Estado*, el *Estado feudo-militar*, el *Estado-Nación* y el *Estado Moderno*. Pero su explicación sobre el Estado contemporáneo (el Estado Moderno en su propia concepción), parte del fenómeno de *mundialización del Estado*.

Sobre las primeras formas del Estado, la Ciudad-Estado y el Estado feudo-militar (en el que incluimos el Estado en el modo de producción asiático), Lefebvre plantea que hay una discontinuidad histórica respecto del Estado-Nación. Los primeros son formas estatales que cuentan con los atributos propios de sus formas de poder: la *globalidad* (es decir, que poseían un territorio), la *sacralidad* (magia y religión sostenían el poder), y la *coacción* (capacidad de utilizar diversos medios, incluyendo la violencia física, para hacerse obedecer). Más allá de la autoridad o el poder del que gozaban líderes y jefes, en ciertas sociedades no podría hablarse de *Estado*, ya que el poder y la autoridad se ejercían de manera personal.

Para hablar del Estado, Lefebvre plantea que:

Si el poder personal contribuye a engendrar (a producir) al Estado, éste añade mucho y sustrae mucho a ese poder como tal. Añade instituciones que amplifican y diversifican,

aunque limitándolo, el poder [potencia] del jefe. Las estipulaciones del derecho limitan el poder: éste se transforma profundamente (1976:4).²

De esta manera, Lefebvre acepta que es posible la existencia de sociedades sin Estado, como lo habían planteado Krader (1972) y Clastres (1978). Sin embargo, su interés se centra más bien en las transformaciones y la evolución del Estado. Para este autor hay una diferencia fundamental entre las Ciudades-Estado y el Estado Feudal (incluyendo con éste el Estado en el modo de producción asiático), por una parte, y por la otra el Estado-Nación. Y esta diferencia es que los primeros se establecen sobre la *propiedad de la tierra*.

Es importante hacer notar que, hasta este momento, el modelo de Estado que describe Lefebvre coincide con los planteamientos de Weber, es decir, es un tipo de asociación política (los sátrapas, los nobles) que ejerce su poder en un ámbito territorial específico, que tiene un aparato administrativo especializado y que goza del monopolio del uso legítimo de la violencia.

La emergencia del Estado-Nación durante los siglos XVII y XVIII significó una ruptura en el modelo estatal feudal o despótico. El Estado no se basó más en la propiedad de la tierra, sino que surgió como resultado de la emergencia de una nueva realidad: *la Nación*. Esta nueva realidad no estuvo clara para los primeros teóricos del Estado: Rousseau, Hobbes, Spinoza, aún confundían al pueblo, la nación y el Estado.

En un primer momento, el Estado aparece como un apéndice o un fruto de la Nación. Ésta antecede al Estado, es su cuna. Nación=sociedad, sería la ecuación que criticaría Lefebvre. La Nación proporciona al Estado el territorio en el que deberá gobernar, en el que ejercerá su soberanía, y por tanto es el marco de su acción, de la *comunidad política*. El Estado sería el hijo consentido de la Nación, que se parió con dolor, con la violencia de las guerras y de las revoluciones.

Aún joven, la Nación se unificó bajo los estertores del régimen feudal, en la decadencia del absolutismo. En ese trabajo de crianza de la Nación se generó esa fuerza económica, ideológica, social y política que debería finalmente romper el antiguo régimen, el régimen monárquico en el que aún la posesión de la tierra era, en cierta medida, el eje del dominio político. Esa fuerza era la burguesía, que creció a la par del modo de producción capitalista. “La Revolución, en Francia, terminó la obra del Antiguo Régimen, liberando esta obra de los estrechos límites en los que la mantenía la monarquía” (Lefebvre, 1976:9).

² Todas las citas son traducidas por Roberto Manero Brito.

Sin embargo, este esquema, en el que la Nación precede al Estado, y ésta se constituye por las fuerzas naturales de la humanidad, resultaría ser una forma mistificada a partir de la cual el Estado oculta su propia realidad:

En Francia, país *clásico* de las luchas de clases y de los combates políticos (Engels), el Estado hizo a la nación, más que la recíproca. Bajo la influencia de los jacobinos, ala mercante de la burguesía, proveedores de ideas, mucha gente creyó que el pueblo hizo a la Nación francesa, y enseguida que la Nación engendró (produjo) al Estado, siendo este último tanto el espejo de la nación como la encarnación del pueblo. El análisis histórico y crítico restablece una verdad y una realidad inversas (Lefebvre, 1976:16).

Lefebvre muestra que, en su afán centralizador, los jacobinos sustituyeron y continuaron la labor de los reyes. Reyes y revolucionarios jacobinos construyeron el Estado-Nación. La burguesía francesa inició su ascenso por los cargos derivados de los oficios, es decir, por el poder que fue conquistando en la estructura del Estado monárquico, más que por el comercio. Por medio de los oficios, de su *especialización* administrativa, logró hacerse revolucionariamente del Estado. Con ayuda de la *nobleza de toga*, desde el reinado de Luis XIV, el Rey Sol, símbolo del absolutismo, se aplastó tanto a las provincias como a las regiones. Se disminuyeron los poderes locales, en favor de una centralización máxima. Y fue este trabajo conjunto de la naciente burguesía con el régimen monárquico lo que permitió el ascenso de un nuevo régimen, un Estado que iba a parir esa nueva creación que fue la Nación.

Este punto de vista produce muchas interrogantes. ¿Por qué el Estado debía ocultar su propia producción?, ¿por qué era necesario hacer esta *inversión* de los términos, y hacer aparecer al Estado como el fruto o el engendro de la Nación? La respuesta de Lefebvre es la entrada a una concepción del Estado que sería la base del Estado Moderno. Este autor plantea que los jacobinos produjeron, al mismo tiempo que la Nación, versiones ideológicas respecto de las mismas instituciones que generaron para el funcionamiento y el dominio del Estado. No sólo fue una inversión de los términos (según la cual la Nación antecedió al Estado), sino algo que va más allá:

Si vamos más lejos, hasta el final, por este camino, podríamos preguntar si la Nación no es el mito o la ideología, o las dos cosas a la vez, del Estado. Mito más ideología igual a mistificación. Lo mostraremos. No es la primera vez ni la última que surge este concepto: la mistificación, o dicho de otra manera, la ficción política con soporte moral y *cultural*. El Estado miente, clama Zaratustra. Y he ahí la mentira: “Yo, el Estado, ¡yo soy el pueblo!” (Lefebvre, 1976:15-16).

Hasta este momento, el planteamiento de Lefebvre sobre el Estado-Nación tiene paralelismos con la concepción weberiana. Efectivamente, una asociación política (para el caso los jacobinos) lucha para hacerse del monopolio de la violencia legítima, y establece un régimen que garantiza su dominación. Se trata ya de una forma de dominación burocrática. Si bien las formas de dominación carismática no están del todo ausentes, es importante la observación de Lefebvre sobre el proceso de la burguesía en el Antiguo Régimen. La burguesía compraba tierras, títulos y ejercía desde sus oficios. Dicho de otra manera, la Revolución podría entenderse como una especie de golpe de Estado por parte del aparato administrativo que había estado en funciones durante la monarquía.

Sin embargo, hay un aspecto que Lefebvre señalará con insistencia: no es la Nación la que crea al Estado, sino la inversa: el Estado crea la Nación. Esta aseveración podría parecer polémica, pero, como lo subraya este autor, se ciñe al análisis histórico. Dicho de otra manera, lo que Lefebvre subraya en su concepción de Estado serían las graves transformaciones que surgirían en la sociedad a partir de su *intervención* en el territorio. El Estado no sólo instituye un régimen político, sino aparecería, entonces, como el instituyente básico de la sociedad, de una sociedad alienada.

Así, cobra pleno sentido el concepto definido por Lefebvre: *la mistificación*. La mistificación dejaría de ser un aspecto superestructural, una simple *falsa conciencia* del mundo y la sociedad. Dicha mistificación aparecería como una condición para la existencia misma del Estado. Éste sólo se puede sostener si la sociedad lo considera como su creación, como el *resultado natural* de su propio desarrollo. Este aspecto sería fundamental para el desarrollo del concepto de *Estado-Inconsciente* de Lourau, aunque Lourau llevaría más lejos las consecuencias del planteamiento lefebvriano.

Para Lefebvre, hay una ruptura *política* entre el Estado-Nación y el Estado Moderno. Éste surge en la segunda posguerra, entre las décadas de 1950 y 1960. Planteaba que hacia principios del siglo XIX sólo había dos Estados-Nación: Inglaterra y Francia. Ya en la década de 1960 había más de 150 Estados afiliados a la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La naturaleza de esa nueva forma del Estado, el Estado Moderno, tendría que ser elucidada.

De esta manera, Lefebvre encuentra que la ruptura política que distingue al Estado Moderno del Estado-Nación, tiene que ver con el momento en que el Estado se hace cargo del *crecimiento*:

En efecto, éste [el Estado Moderno] aparece y se forma cuando el Estado toma a su cargo el crecimiento. Hace no mucho, hacia 1960, y en un gran número de países avanzados, *el Estado tomó a su cargo el crecimiento económico*. Aunque de forma muy desigual, la toma a su cargo por el Estado del crecimiento económico constituye un fenómeno

mundial. Ya no podemos contentarnos con hablar de la intervención del Estado en la economía, se trata de ver cómo el Estado ha tomado a su cargo el crecimiento económico en casi todos los países del mundo [...] En la época del capitalismo concurrencial y aun del capitalismo monopólico, el crecimiento económico se producía espontáneamente, ciegamente, con crisis y guerras sucesivas (Lefebvre, 2012:140).

Así, el Estado Moderno surge como resultado de la guerra, con la necesidad de hacerse cargo del crecimiento (inicialmente del económico), a partir de políticas y estrategias que rebasaran la visión particular de las empresas y los grandes consorcios transnacionales. Por ello, esta forma del Estado resulta también de su *mundialización*, que es un proceso complejo, que incluye las economías, el crecimiento, las confrontaciones, las guerras, etcétera. Los Estados nacionales ahora son un engranaje de esta mundialización. Esto hace pensar a Lefebvre que se ha desarrollado algo que él denomina un *Modo de Producción Estatal*. En este último, el Estado es un elemento fundamental. En adelante, las formas particulares o locales del Estado estarán guiadas por una *estrategia* destinada a procurar la mejor posición posible a las regiones o localidades o, en su caso, a los grupos dominantes de cada país.

Ahora bien, este Estado Moderno tiene varias características. Hereda del Estado-Nación su capacidad de ocultarse, así como la mistificación y el fetichismo. Sin embargo, en el Estado Moderno estos hilos se entretrejen de manera que van produciendo algo semejante a un nuevo *ser*, algo que no alcanzó a ver Weber en sus planteamientos de lo social como *acción social*, y en su individualismo metodológico. El Estado aparece, gracias al fetichismo, como una persona moral tanto como una potencia trascendente. Vemos al Estado en los grandes edificios, en el territorio, en los límites del terruño. Asimismo, está en el poder de su policía y sus fuerzas armadas, tanto como en el carisma que rodea a sus dirigentes. Sin embargo, nada de eso es el Estado. Esto llevaría a Lefebvre a trasladar lo que había descubierto en relación con el espacio. Así como había un espacio *concebido*, un espacio *percibido* y un espacio *vivido*, ahora podría hablarse de los modos de existencia del Estado: un Estado *concebido*, un Estado *percibido* y un Estado *vivido*, o sufrido por los sujetos (Lefebvre, 1976:43-44):

El Estado tiene un doble aspecto e implica un doble proceso: fetichización y ocultación. Primer aspecto: aparece completamente en el brillo, la gloria, la luz, la razón. Tiene por símbolo ya sea el sol o algún animal que evoca las alturas luminosas: el águila, el gallo, ya sea algún rey de los animales terrestres: el león, el leopardo, el oso. A decir verdad, el Estado Moderno se apropia de símbolos que convenían más bien al Estado feudo-militar: el único símbolo que le conviene sería de orden monetario: el franco, el dólar, etcétera (Lefebvre, 1976:205).

El Estado requiere también del ocultamiento: es fundamentalmente el ocultamiento de las relaciones de dominio y de explotación, pero esto no es fácil: se debe realizar con el concurso no solamente de los procesos de mistificación y fetichización, sino también a partir del saber. Curiosamente, Lefebvre plantea que el primer y más fuerte ocultamiento procede precisamente de la ciencia política y la sociología. No es una discusión que podamos emprender en este momento. Baste con enunciar que, para este autor, las ciencias sociales y la filosofía concurren en el proceso de ocultamiento del Estado Moderno.

Si bien el Estado Moderno se genera en el momento en el que se hace cargo del crecimiento, lo fundamental y característico, es decir, su singularidad, es que este Estado *produce* un territorio. El terreno, los espacios vividos por las comunidades, sus espacios tradicionales, serán transformados a partir de un *espacio concebido* mediante una lógica estratégica, adecuada a los fines planteados por ese mismo Estado. Esto supone, desde ya, la generación de una *planificación*, que sería la característica fundamental de eso que Lefebvre llama el *modo de producción estatal*. Y así como interviene el espacio, así como el Estado produce su espacio, va produciendo también ya no sólo su Nación, sino también su sociedad: “Podríamos preguntarnos si las acciones visibles e invisibles del Estado transformaron en comportamientos tanto los *afectos* como las representaciones. De ahí el carácter a la vez evidente y paradójico, que desconcierta al saber” (Lefebvre, 1976:226-227).³

El Estado que surge, ese Estado Moderno, es entonces ya un Estado ubicuo, omnipresente. Cualquier intento de análisis de la vida social corre el riesgo de ocultarlo al ignorarlo. Una concepción del Estado que si bien pudo partir de los clásicos, que no se oponía a la versión weberiana, se fue transformando en un Estado que no es un sujeto ni un objeto, un Estado que no es un Ser ni una esencia, sino una construcción social hipercompleja, mundializada, de la cual no es posible abstraerse. Podríamos plantear que este concepto de Estado Moderno es el que subtiende al trabajo de Lourau en su concepto de Estado-Inconsciente.

LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE ESTADO EN EL ANÁLISIS INSTITUCIONAL

Los planteamientos de Lourau en su artículo “Análisis institucional y cuestión política”, de 1973 (traducción de 1977), incorporan ya los elementos centrales de su concepto

³ Aparece aquí una concepción de los procesos de subjetivación poco explorada en la psicología social.

de Estado: el *principio de equivalencia ampliado* y el *efecto Mühlmann*. El enunciado de estos conceptos se acompaña de algunos elementos que configuran su génesis social, así como de algunos conceptos como los de centro-periferia y los *modos de acción*.

Sin embargo, la discusión que encadenaría los trabajos de construcción del concepto de Estado pasaría también por una innovación en los métodos del análisis institucional. Esto se anunciaba ya en el texto de Lourau en el coloquio de Cabris, cuando hace una crítica y una revisión de algunos trabajos de Claude Lefort. Ahí aparece la exposición crítica de los planteamientos de Lefort a partir del concepto de implicación. Éste no había tomado la importancia que tuvo a partir de la década de 1980, y que derivó hacia sus trabajos sobre una sociología de la *intelligentsia*.

En fin, el inicio de los trabajos hacia la construcción de un concepto de Estado original en el análisis institucional tuvo que ver con varios aspectos, entre éstos el cuestionamiento de Lefebvre en torno a las limitaciones del socioanálisis definido como un método de intervención, y por otra parte, el cuestionamiento alrededor de la producción y la reproducción de las relaciones sociales. Esta temática, en clave institucionalista, derivó hacia el concepto de *institucionalización*, que fue la vía regia para la elaboración del concepto de Estado-Inconsciente.

Durante la década de 1970, las tendencias autogestionarias cobraron fuerza en Francia. Frente al burocratismo anquilosado de los partidos comunistas, así como del modelo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), los grandes críticos de la burocracia trabajaron en torno al concepto de *autonomía* y de *autogestión*.

En 1973, en Besançon, al oeste de Francia, cerca de Suiza, estalló una huelga en una fábrica de relojes, denominada Lip. Esta huelga se desarrolló entre 1973 y 1976, y tuvo la particularidad de retomar, en el ámbito de la producción, muchas de las consignas y el espíritu que se había jugado en el 68 francés. La singularidad de esta huelga —calificada como una *huelga salvaje* por muchos comentaristas— fue que los trabajadores mantuvieron una producción clandestina de relojes, así como las ventas (denominadas *ventas salvajes*). De esta manera, el movimiento apareció como una nueva modalidad de lucha de los trabajadores, basada en la *autogestión* de la producción fabril, y la ejecución de todo el proceso de producción, distribución y venta de la mercancía, sin la participación de los directores de la empresa.

Evidentemente, un suceso como el que aconteció en ese momento fue objeto de gran cantidad de comentarios y análisis por parte de la intelectualidad francesa. Al respecto Lourau escribió un libro, *L'analyseur Lip*, que vio la luz en enero de 1974. La perspectiva del análisis institucional planteada en este libro nos remite al desarrollo del trabajo más sociológico y teórico, más que a las problemáticas de la intervención:

En efecto, en este estudio no se tratará en ningún momento de intervenir en el terreno, de hacer un socioanálisis de la fábrica Lip. René Lourau nos propone más bien generalizar el análisis institucional *por un nuevo uso de los analizadores*. Esta propuesta, por lo demás, no parece extraña al proyecto lefebvriano de un análisis y de una *Crítica de la vida cotidiana* (Staritsky, 2017:6).

Lefebvre había citado este texto en relación con el espacio. Ahí planteaba Lourau que “todas las instituciones establecen su espacio”. Staritsky tiene razón cuando argumenta que en *El analizador Lip* Lourau establece una nueva utilización de los analizadores.⁴ Más que analizadores propiamente históricos, serían los analizadores naturales que surgen cotidianamente en la existencia de las instituciones. Así, el tema de los analizadores lo llevaría a pensar, en una versión paralela a los planteamientos de Lefebvre, un eco del *situacionismo*, en una idea alrededor del *análisis institucional generalizado* como la referencia institucionalista de la revolución.

El análisis institucional generalizado, es la desaparición de las evidencias que rigen no únicamente la vida cotidiana del Sr. Todo el mundo, sino también, más sutilmente, el pensamiento y el comportamiento de aquellos que piensan y que mandan, los dirigentes, y de aquellos que poseen el saber [...] El análisis institucional generalizado, es la acción de los analizadores. Por analizador, el análisis institucional entiende los fenómenos sociales (grupos, categorías, eventos, estructuras materiales, etcétera) que

⁴ Efectivamente, si el analizador Lip es un *analizador natural* (en el sentido establecido por Lourau y Lapassade, donde se distingue del analizador construido o del analizador histórico), es un contrasentido establecer sobre dicho analizador un proceso de intervención, un analizador construido que se superponga al primero. Este texto, *El analizador Lip*, se sitúa entonces en una línea de investigación del análisis institucional, en la cual se desarrollarían las implicaciones de los planteamientos iniciales sobre la cuestión sociológica de la institución. Así, observamos tres proyectos paralelos que se constituyen en el análisis institucional: el desarrollo de su *corpus teórico en el sentido de una contrasociología*, el desarrollo de las experiencias de *intervención institucional socioanalítica*, y el trabajo sobre los planteamientos alrededor del *análisis de las implicaciones del interviniente y del intelectual* (incluidos en éstos, evidentemente, los propios socioanalistas). Las experiencias de intervención a partir de su nombramiento como director del Departamento de Sociología en la Universidad de Poitiers, relatadas en su libro *Sociologue à plein temps* (Lourau, 1976), lo llevaron a prometer que ya no realizaría intervenciones socioanalíticas, promesa que evidentemente rompió. Sin embargo, estos elementos nos permiten pensar que estaba mucho más dedicado al desarrollo del *corpus teórico*, en el sentido de la sociología de las instituciones, a partir de la perspectiva del análisis institucional, y muy pronto encontraría una nueva veta en el desarrollo de la teoría del análisis de las implicaciones.

producen por su misma acción (y no por la aplicación de cualquier ciencia) un análisis de la situación.

Y más adelante:

Lip, nos plantea René Lourau, no sólo es el analizador entre la patronal y los obreros, entre los capitalistas y los productores. Lip es un analizador de las relaciones entre el movimiento social y las instituciones sindicales, políticas, que intentan encarnizadamente *representar* este movimiento (Lourau, 1974:14, citado en Staritsky, 2017:6-7).

Quizás la importancia de este texto está en que, a partir de la huelga y la idea del análisis institucional generalizado, Lourau logra analizar la lógica de la representación. Así, el análisis que se cierne sobre el movimiento social y las instituciones sindicales y políticas, la posibilidad de la *representación*, llevaría a Lourau a la puerta del trabajo sobre el *principio de equivalencia*, y su posible ampliación hacia las formas sociales; dicho de otra manera, se prefiguraba ya la noción de un *principio de equivalencia ampliado*. Detrás del encarnizamiento por la representación del movimiento, las instituciones políticas y sindicales eran, y siguen siendo, la punta de lanza del Estado.

El proceso de institucionalización sería el modelo planteado por el análisis institucional para elucidar la reproducción de las relaciones sociales. Sin embargo, la problemática no podría encadenarse lógicamente sin una concepción del Estado. Ya Lefebvre, en los primeros tomos de su obra *De l'État*, había dado algunos pasos en este sentido. El concepto de Estado en Lefebvre rompía con la perspectiva del individualismo metodológico, con la reducción de la sociedad a las figuras resultantes de la *acción social*, e incorporaba varios elementos: las características de mistificación, fetichización y ocultamiento que constituyen propiamente al Estado. El Estado, decía Lefebvre, parecería como un nuevo Ser, dotado de conciencia y voluntad. Sin embargo, Lefebvre no confunde la metáfora. Sabemos que el Estado no es un ser, es una producción y una institución social, decía el autor. El Estado no tiene ninguna existencia sustancial. No existe socialmente más que por los vínculos y las redes en el espacio nacional engendrado por él y para él: edificios públicos, redes de relaciones oficiales, fiscales, policíacas, militares, jurídicas, cubiertas por instituciones. Así, el Estado se vuelve coextensivo a la sociedad. Por eso se aventuró a plantear la originalidad del Estado Moderno, y con esto la idea de un *modo de producción estatal*.

Tanto Lourau como Lefebvre trabajarían entonces en la posibilidad de desarrollar la concepción marxista en torno al *principio de equivalencia*. En el caso de Lefebvre, el tomo III de su trabajo sobre el Estado, subtítulo "El modo de producción estatal", dedica más de doscientas páginas al concepto de *principio general de equivalencia*.

Indudablemente dicho trabajo, que se publicó antes que *El Estado-Inconsciente* (Lourau, 1980), impactó el estudio que Lourau había iniciado en su artículo de 1973. Resulta imposible sintetizar en unas pocas páginas un trabajo como el que plantea Lefebvre para justificar su idea de un modo de producción estatal. Sin embargo, considero que en ese trabajo se justifica plenamente el vínculo entre los procesos de institucionalización y el fundamento del Estado:

La institucionalización de todas las actividades, habituales o revolucionarias, así se define el proceso por el cual el Estado alcanza ese logro, el modo de producción estatal [...] La hipótesis que se sostiene aquí y que se confirma por los análisis cada vez más próximos a lo concreto, es que el Estado (político) toma en su mano a la sociedad entera, en primer lugar el crecimiento económico, por una estrategia que cambia en instituciones a todas las organizaciones y a todas las actividades sociales. Este Estado se desarrolla como centro de institucionalización, al mismo tiempo que centro de decisiones. Sólo protege el funcionamiento de los organismos sociales a condición de ponerlos bajo su tutela; sólo garantiza a los miembros de cualquier organización contra las arbitrariedades de los otros agentes subordinando al conjunto. Sólo arbitra los debates y litigios de sus componentes a condición de afirmarse por encima de ellos. Esta concentración y centralización del poder político (que corresponde a la concentración-centralización de los capitales, de las unidades productivas, de la realidad urbana) ¿no aporta el punto de vista esencial, el mismo lugar central, para comprender el Estado Moderno? Lo que se nombra como “nacionalización” y como “socialización” se confunden bajo la égida del Estado, en la institucionalización generalizada. Así va el Estado, así procede su paso metódico y sistemático (Lefebvre, 1977:212-213).

En los planteamientos del análisis institucional, el Estado ya no sólo toma el crecimiento económico en sus manos, sino propiamente el desarrollo de toda la sociedad.⁵ Así, el Estado es un Estado omnipresente, un Estado que funciona como *fuera de institucionalización*.

Y es precisamente este planteamiento el que desarrolla Lourau en su *Estado-Inconsciente*. El concepto de Estado a partir de un modo de producción estatal, que elucida las transformaciones del Estado Moderno, un Estado que ya no podría ser reconocido en el planteamiento de los clásicos, este concepto se fue entretejiendo *a cuatro manos*, en el debate entre las posiciones de Lefebvre y de Lourau. Revisionista del marxismo, como Lefebvre mismo se definió, utilizó su método regresivo-progresivo para comprender y establecer las enormes diferencias entre el Estado-Nación y el Estado

⁵ Desde cierta perspectiva, este planteamiento anticipa la idea de *biopolítica* de Michel Foucault.

Moderno, para desde ahí establecer la imposibilidad lógica del trabajo analítico de la sociedad y de los sujetos en abstracción de esa nueva realidad que el Estado impone.

En el caso del planteamiento lourauniano, el concepto del *principio de equivalencia ampliado* a todas las instituciones y relaciones sociales se acompañó de un corolario: el *efecto Mühlmann*. Éste plantea que *el fracaso de la profecía es condición estructuralmente necesaria para la institucionalización del movimiento*. Como lo he mostrado en otro escrito (Manero, 1996), esto que Mühlmann denominó una *ley sociológica* se puso a prueba en una enorme investigación, que abarcó temporalmente movimientos desde la Edad Media hasta la década de 1950, y prácticamente en todas las latitudes del planeta (Mühlmann, 1968).

El *efecto Mühlmann* descrito por Lourau pone de relieve el abandono de la profecía inicial del movimiento, sus *capas psicológicas profundas*, para convertirse en institución. Así, el proceso de institucionalización no cuenta únicamente con un elemento funcional (reconocimiento del Estado), sino que incorpora un elemento simbólico, implica la renuncia a la creación que supone el momento imaginario del movimiento. El abandono del proyecto o la profecía inicial del movimiento estaría acompañado del predominio de los aspectos racionales sobre los emocionales, que serían éstos los que definen al propio movimiento.

El esquema que plantea el trabajo de Mühlmann responde a lo que en su momento se consideraba en la sociología común: donde había movimiento, ahora hay institución. El mismo planteamiento encontraríamos en otros autores, tales como Alberoni (1984). Lefebvre confronta este esquema en relación con un modelo de Estado Moderno mucho más complejo. El ejemplo mexicano del Partido Revolucionario Institucional (PRI), un Estado que se constituye a partir de la institucionalización de diversos movimientos sociales, convirtiéndolos en formas homogéneas y equivalentes, le proporciona el contraejemplo del planteamiento clásico: en el Estado Moderno, movimiento e institución no sólo son compatibles, sino necesarios: no hay institución sin movimiento. La institución no “mata” al movimiento, no lo disuelve ni lo destruye: más bien, lo coloca acompañando a la institución, según la frase de Lefebvre.

Si bien las problemáticas del principio de equivalencia, de la institucionalización, de la constitución del Estado van paralelas en estos dos autores, es decir, desde un punto de vista; las alternativas que se dibujan en sus obras son, sin embargo, divergentes. Staritsky lo expresa con nitidez:

A pesar de la aparente proximidad de nuestros autores podemos constatar que su método de aprehensión del Estado es opuesto. En efecto, por un lado Lefebvre intenta un análisis más o menos distanciado afirmando que “el Estado no amerita ni el exceso de homenaje que le rinden unos, ni la vergüenza con la que lo cubren otros. Exige un

análisis tan frío como él mismo” (Lefebvre, 1976:24). Esta postura que reivindica no se sostendrá a lo largo del libro, especialmente en los pasajes “calientes” de esta obra, donde Lefebvre, en tanto pensador de la periferia, llama a una conquista de nuestras identidades colectivas diferenciales [...] Por el otro lado, Lourau afirma que, ya que el Estado está por todos lados y que nos atraviesa constantemente, intentar analizarlo demanda antes que nada un análisis de las propias implicaciones [...] Ese largo trabajo de implicación que va a llevar a cabo es el único medio para responder a la cuestión central del libro: ¿se puede analizar el Estado? (Staritsky, 2017:8-9).

Así, en el análisis institucional, el proceso de conocimiento del Estado ha dado una vuelta en relación con los planteamientos de los clásicos. Un Estado que inicialmente se planteaba como producto de la sociedad, de una clase social, de un grupo dominante, aparece ahora como un Estado que produce sociedad, que produce instituciones y que también produce vínculos y sujetos.⁶ No es que la Historia haya parido un nuevo monstruo. Es el desarrollo mismo de las formas de dominación, de las constituciones mismas de lo social.

El Estado no sólo es una (súper) institución. Está formado por instituciones. Pero Lefebvre insistiría en que hay algo más que lo compone: una constitución. Es así que la constitución del Estado Moderno niega y contiene en él mismo, en su poder, las formas estatales anteriores, y sus propios conceptos.

La utilización del concepto de Estado se revela entonces problemática y equívoca, como toda institución. La vigencia de los conceptos clásicos del Estado (Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Weber) es también la vigencia de la centralidad del Estado y de su discurso. Es el ocultamiento de la constitución planetaria del Estado, y de su

⁶ Resulta sumamente importante esta perspectiva, ya que da sustento a los procesos de subjetivación. Lefebvre discutiría con el psicoanálisis la idea de la libido y de la sexualidad (podríamos incluso pensar la idea de pulsión) como energía inicial y constituyente del psiquismo. Él aboga más bien por una *voluntad de poder (puissance)*, que manifiesta su veta nietzscheana. A pesar de ello, la idea de un Estado que produce *sujetos y subjetividades*, un Estado que también produce la Muerte, está muy cercana a los desarrollos posteriores de Foucault en torno a los procesos de *subjetivación*, así como de la idea de la *biopolítica*. Sin embargo, esta idea institucionalista se distingue tanto del planteamiento foucaultiano como del de Castoriadis. El sujeto se produciría como un momento singular, es decir, una negación del momento particular e instituyente. Nosotros, sujetos sociales, somos de alguna manera *el fracaso de la profecía* de un proyecto (cristiano, socialista, capitalista, neoliberal...). No somos la transposición directa (subjetivación) de un dispositivo social, ni tampoco únicamente la versión alienada del individuo social. El sujeto producido por el Estado, pero que también, en sus identidades, lo desborda (Lefebvre), o también el sujeto que, por algunos momentos o, quizás, en forma de acontecimiento, es capaz de devenir un analizador del propio Estado.

omnipresencia en la vida social. El Estado requiere legitimación, consenso, pero, sobre todo, el ocultamiento de su propia naturaleza. Por ello, quizás, el hipercomplejo concepto de un Estado Moderno o de un Estado-Inconsciente no es el instrumento de análisis en las formas instituidas, academicistas, de la ciencia y el conocimiento.

REFERENCIAS

- Alberoni, F. (1984). *Movimiento e institución. Teoría general*. Madrid: Editora Nacional, 1977.
- Clastres, P. (1978). *La sociedad contra el Estado*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Krader, L. (1972). *La formación del Estado*. Barcelona: Editorial Labor.
- Lefebvre, H. (1947). *Critique de la vie quotidienne*. París: Grasset.
- (1967). *Position: contre les technocrates*. París: Éditions Gonthier.
- (1971). “La ré-production des rapports de production”, *L’homme et la société* (22), pp. 3-23.
- (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1976). *De l’État-1. L’État dans le monde moderne*. París: UGE.
- (1977). *De l’État Tome III. Le mode de production étatique*. París: UGE 10/18.
- (2012). “El Estado moderno”. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 3(1), pp. 137-149.
- Lourau, R. (1974). *L’analyste Lip*. París: UGE 10/18.
- (1976). *Sociologue à plein temps*. París: EPI Éditeurs.
- (1977). “Análisis institucional y cuestión política”, en L. et al., *Análisis institucional y socioanálisis* (pp. 9-30). México: Nueva Imagen.
- (1980). *El Estado y el Inconsciente*. Barcelona: Kairós.
- Lourau, R. et al. (1973). “Analyse institutionnelle et socialanalyse”. *L’homme et la société* (29-30). París: Éditions Anthropos.
- Manero, R. (1996). “El concepto de institucionalización en socioanálisis y sus aportes a la psicología social”, en I. Jáidar, *Anuario de investigación*. México: Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco, pp. 727-751.
- Márquez, U. (2021). “La crítica de la vida cotidiana de Henri Lefebvre: importancia y vigencia para la sociología contemporánea”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, XLV(241), enero-abril, pp. 67-88 [<http://dx.doi.org/10.22201/fcyps.2448492xe.2020.241.71963>].
- Martínez, E. (2011). “Breve biografía y bibliografía de Henri Lefebvre”, *Urban*(2), pp. 7-13 [<http://polired.upm.es/index.php/urban/article/view/1481/1488>].
- Mühlmann, W. (1968). *Messianismes révolutionnaires du tiers monde*. París: Gallimard.
- Staritsky, L. (2017). *René Lourau, Henri Lefebvre et l’analyse du monstre froid*. Récupéré sur Fabriques de sociologie [<https://corpus.fabriquesdesociologie.net/rene-lourau-henri-lefebvre-et-lanalyse-du-monstre-froid/>].



